

2006 *Cuando se volteó al revés el mundo*, seis relatos indígenas del diluvio en huave, huichol, tének, tepehua, triqui, náhuatl, ilustraciones de Carlos Cons, México, SEP/Pluralia. Tiraje: 163,205 ejemplares.

Cuando se volteó al revés el mundo
Huave, San Mateo del Mar, Oaxaca

Ésta es la historia de cuando se volteó el mundo, de cuando se hizo otro. Había un señor, pero no tenía esposa; sólo tenía dos perros: una hembra y un macho. El señor era campesino.

Había entonces mucha gente y el hombre soñó que el mundo se iba a voltear, que se iba a hacer otro. Un día soñó, venían a avisarle que se acabaría el mundo. Él fue de suerte, porque el mismo Dios le vino a avisar —aunque él no sabía que era Dios quien le decía que el mar iba a empezar a subir. No creyó. Tres veces soñó; a la tercera Dios le dijo:

—¿Ya está listo lo que te encargué? Si no quieres hacerlo, tú sabes... pero yo ya te avise.

Y a la tercera vez ya creyó. Empezó a hacer lo que Dios le ordenó: se puso a torcer mucho mecate de palma. La gente le preguntaba para qué quería tanto mecate y él les contestaba que el mundo se iba a transformar y les contaba su sueño. Y la gente le preguntaba: “¿ya te estás volviendo loco?”

—Pues lo crean, o no lo crean, así soñé.

Al poco tiempo ya tuvo bastante mecate y empezó a subir la mar viva.

Cuando vio que comenzó a levantarse el agua, se metió en una canoa con sus perritos y con sus alimentos: maíz, calabaza y frijol —el maíz, la calabaza y el frijol, son los únicos alimentos que quedan desde antes del diluvio—. El hombre pudo comer todo el tiempo que duró el diluvio porque todavía no se había perdido el maíz —con un solo grano alcanzaba para tortillas y con un solo grano alcanzaba para pozol.

Amarró un metate a su canoa, para que quedara como ancla y para que él pudiera regresar luego a su tierra. Subió el agua, se llevó la canoa para arriba, abajo quedó el metate amarrado al mecate de palma. Varios días estuvo flotando hasta que poco a poco el agua fue bajando. Cuando empezó a bajar, él iba recogiendo todo el mecate hasta que regresó al lugar de donde había salido.

Él había llevado alimentos, pero cuando regresó a la tierra le quedaban ya muy pocos. En la tierra no había gente; todos se murieron. Pues él, ¿qué cosa iba a hacer? Pensó en trabajar otra vez; empezó a trabajar en el campo porque sus alimentos ya eran pocos y tenían que comer él y sus perros. Y así siguió trabajando en el campo.

Un día regresó de trabajar en el campo y en un de repente, vio que ya estaban hechas las tortillas; pero, ¿de dónde salió esto? Llegó al otro día de su trabajo, igual: estaban las tortillas recién hechas. ¿Y de dónde salían las tortillas recién hechas si no había gente?

Y entonces se propuso averiguar cómo era eso. Al otro día se fue a trabajar, pero a medio camino se regresó; se vino a esconder cerca de la casa para ver

quién estaba haciendo sus tortillas y vio que los perritos estaban jugando y oyó que hablaban:

—A mí me toca moler hoy, a ti te toca echar las tortillas.

Y el otro contestaba:

—Quítate la piel y ponte como ropa este pedazo de tela.

Los perritos se quitaron la piel y la dejaron a un lado. El hombre estaba viendo; de lejos, pero estaba viendo cuando se cubrieron con los trapos y empezaron a trabajar.

Él se regresó a su milpa y trabajó. En la tarde volvió a su casa como siempre y vio que ya estaban hechas las tortillas; las habían torteado los perritos. Cuando llegó, brincando lo recibieron los perritos, al modo de los perritos. Y el hombre empezó a comer las tortillas con ellos.

Tres días los espió.

Al tercer día se fue otra vez a su trabajo pero llevó un poquito de sal. A medio camino se regresó para atrás y se escondió cerca del lugar donde vivían. Vio que los perritos se quitaron la piel y se transformaron en gente; los perritos se convirtieron en niños.

El hombre se levantó entonces y rápido le echó sal a las pieles de los perritos; y al echarles sal ya no se pudieron acercar los perritos, porque la sal es bendita y ya se quedaron como gente.

El hombre escondió las pieles lejos; los chamaquitos pedían sus pieles llorando, pedían perdón a su dueño. El hombre ya no quiso devolverles las pieles, de una vez las escondió.

Y de una vez se quedaron transformados en gente. De ahí crecieron los perritos y se casaron, vivieron y durmieron; así tuvieron hijos, ahí empezó otra vez a multiplicarse el mundo.

Por eso la gente de San Mateo dice que somos hijos de los perros; por eso no se puede matar un perro por matar. Así dicen, creen que el mundo se fundó de los perros, así es la creencia.

Cuando llovió mucho
Trique, Copala, Oaxaca

Hace mucho tiempo dicen que comenzó a llover, a llover, a llover —llovió mucho. El agua subía más arriba de los cerros, todo se iba tapando con el agua.

Se formó una laguna muy grande. Los hombres al ver que se estaba muriendo mucha gente. Hicieron una junta:

—Todos nos vamos a acabar, todos nos vamos a morir. ¿Qué podemos hacer?

—Vamos a hacer una caja. Allí vamos a meter a un hombre chiquito, un niño, y a una mujer chiquita, una niña.

Hicieron un cajón grande y ahí dentro metieron a un niño y una niña. Y les pusieron su calzón y camisa para el niño y su huipil y enaguas para la niña. Les echaron también tortillas y los fueron a dejar en la cumbre del cerro más alto.

Siguió lloviendo y todos se acabaron, todos se murieron. Todo Copala se cubrió de agua. Nada más quedó una gran laguna. Hasta que dejó de llover y el agua empezó a bajar, a bajar, a bajar.

Se comenzaron a ver de nuevo los cerros. Otra vez aparecieron las tierras.

La caja donde estaban los niños se paró en el cerro de Copala o Cerro de Dios.

Los niños salieron y se vinieron a vivir otra vez a Copala.

Pero se convirtieron en ratones y no sabían hablar palabras. Después se volvieron changos y tampoco sabían hablar palabras. Después se volvieron hombres, pues ya podían hablar palabras.

Tuvieron hijos y de ahí salieron todos los de Copala.

El hombre que hizo su caja cuando se acabó el mundo
Tepehua, Picaflores, Veracruz

Hace mucho tiempo, cada año se inundaba el mundo.

Una vez un hombre construyó una caja para meterse y cuando se cumplió el día en que se iba a acabar el mundo, se metió y puso encima de su caja a un loro que tenía.

Empezó a llover y el agua crecía más y más, hasta que llegó al cielo. Como el agua hacía olas, la caja pegaba contra el cielo y el loro gritaba y se agachaba. Por eso hasta ahora anda así, camina agachado y grita porque se pegó contra el cielo.

Más tarde empezó a bajar el agua y por fin la caja quedó sobre la tierra.

Aquel hombre abrió pero no pudo salir luego, porque la tierra estaba bien húmeda, blandita. Esperó que se secara y más tarde tentó para ver si ya estaba dura porque tenía ganas de salir, hacer fuego y cocer todos los pescadotes que habían quedado sobre la superficie de la tierra.

Aquel hombre salió, hizo fuego y empezó a cocer los pescados. En ese tiempo la tierra era plana, no había cerros y el cielo era azul claro, sin ninguna nube aparecía a lo lejos.

Había otros, ellos querían pintar cielo, pero al ver aquel humo que se levantaba a lo lejos mandaron a un ayudante para ver quién estaba ensuciando el cielo con humo, con órdenes traerlo vivo si era gente.

El mensajero se fue derecho hacia donde se elevaba el humo y, al llegar, lo que hizo fue sentarse y empezar a comer los pescados cocidos en compañía de aquel hombre; iban juntos a levantar más pescado y como eran tantos, hasta desperdiciaban algunos.

El ayudante dilató mucho, no llegaba. Entonces mandaron otro mensajero y lo que hizo fue bajar derecho hacia donde estaba el hombre que había encendido el fuego, lo mordió y se lo llevó en la boca, con la cabeza colgándole. El otro compañero le siguió y llegaron juntos para entregar a aquel que ahumaba el cielo.

Preguntaron allá al primer ayudante:

—Bueno, ¿tú por qué dilataste?

—Yo tardé por esto: llegué allá y vi al hombre cociendo los pescados; como muchos habían muerto y algunos se estaban echando a perder, mejor le acompañé y comimos muchos pescados: estaban re' sabrosos.

—Bueno, tú por haber desobedecido las órdenes, de aquí en adelante te alimentarás de cosas frías y desperdicios. Y tú, como has cumplido con las órdenes, te alimentarás calientito toda tu vida.”

Desde entonces el mensajero desobediente se convirtió en zopilote y se alimenta de desperdicios; el otro se convirtió en águila y se alimenta de animales vivos.

Al hombre le quitaron la cabeza, se la pusieron en el ano. Fue el castigo que recibió por haber humeado el cielo, pues ya no se pudo pintar y lo dejaron como está hasta ahora, convertido en mono —y por eso se parecen a los hombres.

El hombre que se salvó en una canoa de salate
Huichol, Santa Catarina, Jalisco

Un hombre había comenzado a cortar árboles para limpiar el coamil donde iba a sembrar, pero cada mañana encontraba crecidos de nuevo los todos los árboles que había tumbado la víspera. Siguió cortándolos, hasta que a los cinco días se cansó de tanto trabajar. Volvió al lugar a los cinco días, decidido a descubrir por qué sucedía aquello. Se quedó en la orilla, mirando y pronto vio salir de la tierra, en el centro del claro, a una viejita con un bordón en la mano. Ella levantó el palo, apuntó al norte, al sur, al poniente y al oriente, arriba y abajo; y todos los árboles que había cortado, se volvieron a poner de pie. Era la anciana Nacawé, la diosa de la tierra que hace brotar la vegetación, casada con el armadillo. El hombre vio cómo deshacían su trabajo y enojado le reclamó:

—¿Tú eres quien ha estado deshaciendo lo que yo hago?

—Sí —contestó ella— porque tengo que decirte.

Y la vieja le dijo que estaba trabajando en vano, añadiendo: —Va a caer un gran diluvio antes de cinco días. Vendrá un viento muy fuerte con olor a chile y te hará toser. Haz una caja de tu tamaño con el tronco de un salate; ponle una buena tapa para encerrarte dentro; llévate cinco granos de maíz de cada color, cinco semillas de frijol de cada color, lumbre y cinco guías secas de calabaza para alimentar el fuego. También llévate una perra prieta. El hombre juntó lo que le ordenaron. A los cinco días tuvo lista la caja y puestas en ella todas las cosas que le habían dicho. Se encerró con la perra negra, y la viejita puso la tapa, cubriendo todas las aberturas con pegadura. Entonces ella misma se sentó encima de la embarcación, con una guacamaya en el hombro.

La caja flotó sobre el agua durante un año con dirección al sur, otro año hacia el norte, un tercero hacia el poniente y el cuarto año hacia el oriente. El quinto año fue levantada muy alto, pues todo el mundo se había llenado de agua, y hasta el sexto comenzó a descender y se detuvo sobre una montaña, cerca de Santa Catarina, donde todavía puede verse.

El señor levantó la tapa y vio que la tierra aún estaba anegada. Pero las guacamayas y los loros abrieron barrancas con sus picos, y cuando las aguas empezaron a correr, las separaron así en cinco mares.

Entonces se comenzó a secar la tierra y nacieron los árboles y la yerba .

El hombre comenzó a limpiar su milpa. Vivía con la perra en una gruta, donde la dejaba cuando se iba a su jornada. Como todas las tardes que volvía encontraba tortillas, tenía curiosidad de saber quién las hacía. A los cinco días, se escondió detrás de unas matas, cerca de la cueva, para espiar a quien torteaba, y vio que la perra se quitaba la piel y la colgaba. Ya convertida en mujer, se arrodilló a moler. Él se acercó poco a poco por detrás, cogió el cuero y lo echó a la lumbre.

—Me has quemado mi ropa— gritó ella, poniéndose a aullar como perro.

Él le lavó la cabeza con el agua del nixtamal que ella misma había preparado; así la refrescó, y desde entonces siguió siendo mujer. Tuvieron muchos hijos

e hijas que se casaron y poblaron el mundo.

El juicio del antiguo
Mixe, San Lucas Camotlán, Oaxaca

Una vez, vino el juicio, la seña fue que todos los animales del campo llegaban hasta el pueblo para que la gente los matara. Los mataban y ponían la carne a cocer en la olla, pero el animal se salía de la olla, juntando los trozos despedazados de su cuerpo y huía. La gente no supo lo que significaba esto. Después, una vez salió del pueblo un viejito ya muy de edad, casi sin fuerza, para ir a traer su leña y para hacer sus mandados, ya casi no podía. Y salió de repente a un lugar en el camino que conduce hacia Quiavicusas. Allí, cerca de los pedregales, fue a encontrar un señor que venía llegando en el pueblo. Y este señor, lo saludó y le preguntó:

—¿Por dónde vas?

Y el viejito decía:

—Voy a traer mi leña.

—¡No! ¡Regrésate! Vas a decirles en el pueblo que se preparen, porque ya viene el juicio.

Y el viejito obedeció el mandado del señor aquel. Regresó. Fue a recorrer el pueblo y a dar aviso de que ya viene el juicio, para que se preparen.

No le creyeron. Se regresó el viejito. Como ya habían arreglado de que al otro día se iban a encontrar, cosa de las diez, se fue el viejito al mismo lugar donde se habían encontrado antes. Y allí se volvieron a juntar de nuevo. Y dio cuenta el viejito, dijo que nadie le creyó lo que había dicho.

El señor volvió a recomendar:

—Tienes que ir otra vez. Todavía no te doy las señas para que lo puedas demostrar.

Pero ya se negaba el viejito a ir, porque muchos vecinos se reían y se burlaban de él. No creyeron lo que el viejito decía, y éste se lo contó al señor que había platicado con él.

Con trabajo aceptó ir otra vez a recorrer el pueblo. Unos cuantos le creyeron que sí era cierto, pero muchos no lo creyeron. Regresó otra vez el viejito al mismo camino donde se había encontrado con el otro.

Volvió a decirle otra vez al señor de que no lo habían creído —unos cuantos apenas le habían creído. Entonces el señor le dice:

—Te voy a dar un sello en la mano para que lo enseñes, si es que no lo creen. Y ahora tienes que hacer una caja donde vas a entrar, porque va a venir la lluvia y va a deshacer el pueblo —le dijo ese señor.

Entonces este viejito regresó otra vez a su misión. Fue a dar la vuelta al pueblo y muchos le creyeron pero casi todos los demás del pueblo, no le creían. Muy poca gente creyó al viejo.

Entonces ya comenzó el viejito su trabajo. Comenzó a hacer su caja como le había recomendado, para que el día cuando ya va a venir la lluvia, ahí va a entrar ese viejito. Y que si es alguien viene y quiere escaparse en su caja, que no lo permita. Esa recomendación tenía el viejito.

Acabó su caja el viejito y estaba listo para que cuando llegara la lluvia ya entrara ahí en su caja. Entró con su toda su familia y las cosas que tenía en

su casa. Y también entraron sus hijos, el cacalote, un zorro y una palomita. Se fueron así elevándose con el agua de las corriente de la lluvia que caía del cielo. Por fin paró y luego estuvieron esperando que se secara el agua.

Bajó la palomita para ver si ya se podía bajar de la caja, para ver a ver cómo estaba la tierra. Y voló hacia el suelo y metió sus pies en el lodo y que se van pintando sus pies como de sangre. Por eso, dicen, la palomita tiene sus patitas medio rojas. Es por la sangre que se había derramada en el tiempo de diluvio. La palomita voló otra vez, regresó a donde está la caja. Salió una segunda vez y entonces se dio cuenta de que ya se había secado el lodo.

Ya bajó la caja, el viejito, abrió su caja, salieron y divisaron que todo el lugar ya era llano —puro pedregal— que no había nada de tierra.

Entonces el viejito estuvo pensando qué cosa puede hacer. No había tierra donde cultivar y sembrar algo para comer. El cacalote y dijo:

—Hay un lugar donde no llegó el juicio, quedó cerca nada más de donde pasó el diluvio. Yo voy a ver. Yo ya me fije por dónde hay tierra, la voy a traer.

El cacalote voló hacia donde sabía que estaba la tierra. Y dizque donde no llegó el juicio era el infierno —donde la tierra siempre es eterna y no se acaba, aunque venga el juicio.

Ya fue el cacalote a bañarse con tierra. Y se levantó, llegó otra vez donde estaba el viejito y ya le pregunta:

—¿Por dónde les que voy a dejar la tierra?

Y el viejito, como está creyendo que este cacalote iba a traer la tierra varias veces, de poquito en poquito iba a amontonarla, lo mandó a un lugarcito, donde le pareció mejor. Allí fue a sacudirse el cacalote.

De allí volvió otra vez, llegó a donde había la tierra. Los diablos o demonios que dizque son los dueños del infierno, se dieron cuenta de que éste cacalote se estaba llevando algo de tierra. Entonces le sacudieron el plumaje y trajo muy poca tierra. Pero siempre logró derramar algo, otro tanto, allí donde se había puesto el primer viaje. Y después voló, fue a traer un poco. Entonces ya los demonios le quitaron todo la tierra —ya no trajo casi nada.

Cuando cumplió los tres viajes de tierra este cacalote, cuando cumplió los tres días, fue creciendo, creciendo como una cosa que crece rápido.

Entonces el viejito quedó a gusto. Y así otra vez estaban contentos ellos de que ya tenían todo, ya estaba arreglado. Pero la única cosa que faltaba era la lumbre. Pero también la consiguió el zorro; este zorro se ofreció:

—Yo voy a traer lumbre.

Y se fue y llegó a donde el cacalote había ido a traer tierra; allí mismo fue el zorro por la lumbre, porque allí tenían lumbre. El zorro llegó pidiendo permiso para calentarse un poquito. Se sentó un rato allí y ya conforme que se iba a despedir, el zorro metió su cola en la lumbre y corrió. Por esa razón, dicen, este animal tiene hasta ahora medio tiznada la punta de su cola.

Así es que fue que ese señor ya encontraba la lumbre y todos estos estaban ya muy contentos.

El buen conejito
Náhuatl, Chililico, Huejutla de Reyes, Hidalgo

Se dice un cuento, lo dijeron nuestros abuelos y abuelas. Un hombrecito trabajaba en el campo, cortaba los árboles — unos cuatro o cinco días trabajó. El conejo venía a brincar donde trabajaba el hombrecito y así se levantaban los árboles cortados. El hombrecito lo vigiló. ¿Por qué hacía eso? Se volvían a parar aquellos árboles, y él ya había trabajado duro y otra vez encontraba parados aquellos árboles. Lo que hizo fue espiar a aquel conejo.

—¡Ya te encontré! ¡Te descubrí!

Al brincar donde estaban cortados los árboles, se levantan los árboles."

—Ah, buen conejo, ya te descubrí, tú eres quien hace que los árboles se levanten. Yo no creía que fueras tú. Yo trabajo y otra vez vengo a ver los árboles parados —le reclamó aquel hombrecito.

Entonces, le dijo el buen conejo:

—Ya no trabajes, porque en estos días vamos a desaparecer. ¿De qué sirve tu trabajo? Y ya no comeremos. Nos perderemos, nos perderemos.

—Ya no voy a trabajar, pues, voy a dejar el trabajo por que tú me lo dices, buen conejito.

Lo que dijo el conejo salió cierto. Aquel conejo les mandó a todas las gentes que hicieran una casa donde se meterían con todas sus cosas. Dentro de la casa entraron el padre y la madre con los hijos, el metate, y todas las cosas que necesitarían cuando viniera el agua.

—El agua subirá alto, será un diluvio; llegará hasta el cielo. Lloverá cuarenta días y cuarenta noches. Ustedes todos ya estarán adentro de la caja cuando yo venga brincando. Yo subiré encima de la casa hasta cuando llegue al cielo. El agua empezó a levantar a los que estaban adentro de la casa y poquito a poquito los fue subiendo, hasta llegar al cielo. Cuando llegaron al cielo, el conejo brincó a la luna y allí se quedó.

Después, empezó a bajar el gran río, otra vez vinieron a quedar en la tierra. Dicen que cuando abrieron la casa vieron a muchos animales que murieron ahogados: venados, ganado y conejos. Ya que ellos traían cerillos, hicieron lumbre. La gente que estaba adentro de la casa salió, comieron todos y se llenaron.

Dicen que Dios mandó unos animales para observar lo que pasaba. Vinieron el zopilote, el *catatajti* y el *chojma*. Estos animales vinieron. Comieron mucho y por eso ya no regresaron. Ya no pudieron volar, pesaban mucho con lo que comieron. Entonces Dios mandó un colibrí. El colibrí vino y vio muchos animales muertos. El colibrí sólo vino a ver qué había. En seguida fue a informar de lo que pasaba.

—Viven gentes, han hecho humo.

Por eso, cuando Dios vio el humo llegar al cielo, se preguntó:

—¿De dónde viene este humo, si ya hice perecer a mis hijos?.

Entonces bajó Dios, vino a ver a las gentes. Lo que hizo Dios fue, uno por uno, los fue sacando de las orejas y los convirtió en monos. Ya no fueron gentes, porque Dios sabe que ya las hizo desaparecer.

Aquí se acaba el cuento del buen conejito.

El diluvio

Tének, Chicontepec, Veracruz

Un hombre siempre trabajaba pero nunca aumentaba su milpa. Día y día trabajaba pero no avanzaba. Cada vez, cuando amanecía, había monte en su milpa; aunque en la noche la dejaba limpia, en la mañana era monte de vuelta. Un día el hombre cortó el monte pero no se fue a su casa. Se quedó en su milpa para ver cómo se volvía cada vez en monte. Durante la noche llegó el conejo, habló al monte, levantando la mano:

—¡Monte, vuélvete a levantar! —y el monte empezó a levantarse de vuelta. El hombre vio quién era el que hablaba así y le reclamó al conejo:

—¿Por qué haces eso?

—Porque ya no rinde tu milpa, ya no te va a dar de comer tu trabajo, el tiempo ya se va a acabar, ya se acerca la destrucción, se va a ahogar la tierra. ¡Haz un arca para que te salves, porque ya viene el aguacero, mete adentro tu leña y cosas para comer, y junta zacate encima del cajón, ahora me voy. El hombre obedeció las recomendaciones del conejo porque ya se acercaba el agua. Le tomó cien años de trabajo hacer el arca. Todos los animales tenían que entrar en el arca, de dos en dos. El hombre hizo el cajón y puso zacate encima para el conejo, tal como le dijo.

Vino el diluvio, llegó el aguacero, empezó a llover muy fuerte. Se llenó la tierra de agua y el cajón empezó a correr encima del agua. El conejo viajaba encima. Cuarenta días duró la catarata. El castigo vino porque Dios quería que toda la gente bajo el cielo lo conociera y obedeciera sus mandamientos, para que se acabe la gente mala, los que no son creyentes.

Cuando vino el diluvio se levanta el agua y el arca llegó hasta el cielo. Cuando llegó al cielo, el conejo sintió frío y buscó lumbre para calentarse. Fue a las estrellas y no lo recibieron, fue al sol y no lo recibió, no lo dejaron calentarse. La luna tampoco quiso recibirlo pero el conejo se metió por la fuerza en la luna para calentarse. Tres veces salió de allá para ver si el cajón todavía estaba pero un día ya no salió y ya se había bajado el arca.

Así se quedó en la luna. Cuando está llena la luna, se ve el conejo; tiene orejas muy largas. Por eso se dice que cuando muere el conejo su alma se va a la luna, porque la luna es la patrona del conejo.

Cuando la luna brilla el conejo sale a jugar.

Huave, relato de Juan Olivares, recopilado por Elisa Ramírez Castañeda, en 1972.

Trique, recopilación de Agustín García Alcaraz, 1973.

Tepehua, Roberto Williams García, 1972

Huichol, recopilado por Carl Lumholtz en 1897

Mixe, recopilación de Walter Millar, 1956

Náhuatl, recopilación de Neville Stiles, 1985

Tének, recopilado por Anath Ariel de Vidas, 2003.